

CARRETERA 54

ANDREA PIÉ FERNÁNDEZ

Colegio Rafaela Ybarra de Madrid

Son las 7 y aún está sentado en la cama pero no se acaba de levantar, ni siquiera se ha acostado y, aunque lleva sin dormir más de un día, no puede tumbarse y simplemente cerrar los ojos. Mira el reloj: las 7 y un minuto, piensa que ahora si tuviese una vida normal estaría en clase, estudiando, puede que preocupado por algún examen, eso le gustaría. Las 7 y tres, las 7 y cinco, las 7 y diez, el tiempo pasa, las agujas se mueven en el caro reloj que lleva en la muñeca, pero no puede acostarse. ¿Por qué?, se pregunta, ya había ido otras veces con Daryl, Vinny y los demás a donde Paul había dicho que fueran, había vuelto y se había podido dormir. En eso había consistido su vida siempre, Daryl era el mayor, si decía: "Roba esto, Frankie", él lo hacía, si le decía que corriese él corría, si le decía que saltase él saltaba. Así funcionaba, "Tenemos que cuidar el uno del otro" le decía Daryl y él lo sabía, su madre se marchó hace mucho y su padre casi nunca aparecía por casa desde que volvió de combatir en Alemania por lo que estaban ellos dos contra el mundo. Un mundo que si le dejas te destruye.

Daryl tenía amigos, el tipo de amigos que si alguien se mete contigo le darán tal paliza que le dolerá al respirar durante semanas, todos se protegían, unos a los otros, era su forma de vivir. Y cuando vives de esa forma no tardas en conocer a tipos como Paul el Largo, un mafioso de segunda fila que había hecho mucho dinero durante los tiempos de la Ley Seca pero ahora controlaba una zona muy pequeña de Los Ángeles y sabía perfectamente donde estaban los límites; lo que podías hacer en una calle no lo podías hacer en la siguiente. Cualquier barman en la costa oeste sabía lo que tenía que servir a Paul cuando entraba por la puerta. Fueron los amigos de Daryl los que le presentaron a Paul el Largo y aunque solo contaba catorce años ya empezó a hacer trabajos para él. Frankie era una extensión de Daryl, siempre iba con él y meterse con Frankie era meterse con Daryl, nunca se metieron con Frankie, y como es lógico cuando Daryl entró a trabajar para Paul, Frankie también, daba igual que no tuviese más que doce años. Al principio eran recados sencillos: robar cosas de poco valor en negocios que no estaban bajo su protección y a cambio Paul siempre les daba cigarrillos Lucky Strike o dinero que superaba el valor de lo robado. Pasaron de tener que robar leche a los vecinos a comprarse una nevera y llenarla hasta arriba.

Las 7 y veinte, los recuerdos no dejan que Frankie se duerma, recuerda las piedras que tiraba a los escaparates, recuerda robar pequeñas cosas en las tiendas, recuerda al tendero persiguiéndoles, recuerda muchas cosas, como que no pasó mucho tiempo hasta que se vio junto a Daryl y a Vinny rociando un coche con gasolina en mitad de la noche, recuerda con ardía. Iban subiendo de nivel, cada vez les encargaba cosas más importantes, al año ya trabajaban en algunos de los clubs que eran propiedad de Paul sirviendo todo tipo de bebidas, después pasaron a donde de verdad se sacaba el dinero: los locales clandestinos de apuestas, partidos de fútbol, béisbol, las elecciones locales, todo valía, había apuestas sobre casi cualquier cosa y se obtenían amplios beneficios: dinero fácil que habría seducido a cualquier chaval en su situación. El único requisito era obedecer siempre a Paul, si les decía: "Ve a este sitio y roba esto", ellos iban, lo robaban, volvían, y le preguntaban: "¿Quieres que lo volvamos a hacer?". Era simple y hacía que la vida pareciese fácil y daba una sensación de poder que no había conocido antes.

Ahora las agujas del reloj marcan las 7 y treinta y cinco y sigue sin poder moverse, su cabeza está ocupada pensando en todo lo que le ha llevado hasta ahí. Un día Vinny llegó a casa con un encargo de Paul, un encargo "especial". No le gustó como sonó eso, aunque lo que a Frankie le gustase no importaba, entonces Vinny le puso un revólver en la mano a Daryl y le dio otro a Frankie. "Es por si acaso" dijo. En ese momento se le heló la sangre, siempre había conseguido evitar tener que disparar, no quería cruzar esa línea. Hasta entonces lo único que habían llevado eran bates de béisbol o tuberías para destrozarse algún local con la intención de que el dueño pagase a Paul el largo una comisión y pasase a formar parte de sus negocios "protegidos". Incluso un par de veces habían tenido que "asustar" a alguien que se había retrasado en los pagos pero Frankie siempre intentaba no tener que ser él el que daba los golpes. Y ahora tenía una pistola cargada en la mano y cuando los tres salieron por la puerta lo único que podía sentir es miedo. Pero esa vez no tuvo que disparar a nadie, solo aparcaron el coche en el parking en un restaurante

de carretera, esperaron, un camión se paró cerca de ellos y cuando el camionero se bajó Vinny les hizo bajar del coche y forzar con una palanca la puerta del camión para coger todos los paquetes de tabaco que cabían en el coche. Pero cuando volvieron y Frankie le quiso devolver el arma a Vinny, este le miró y negó con la cabeza. Ahora se esperaba de él que si le decían que disparase, el dispararía.

Así ha pasado otros diez minutos pensando y llega la noche anterior cuando Daryl le dijo: "Venga, toca ganarse el pan. Y no te olvides del revólver". Podía notarlo frío contra su piel. Vinny les llevó a un club, no era la primera vez que destrozaban un local pero este estaba muy lejos de la zona donde solían actuar. Eso era peligroso. Cuando en-

traron solo habían cuatro camareros recogiendo, que ellos empezasen a destrozarlo todo y que tres de los camareros saliesen corriendo fue todo uno. Sólo uno se quedó a defender el local usando un taco de billar pero Vinny le dejó en el suelo con un par de golpes. Ya casi habían terminado el trabajo cuando entró un hombre con una escopeta y disparó hacia donde estaba Daryl que se cubrió detrás de la barra, volvió a apuntarle, lo que provocó en Frankie una respuesta rápida, su instinto de protección no iba a dejar que matasen a su hermano: cogió su revólver y simplemente apretó su gatillo. La bala le alcanzó en el hombro y le tiró al suelo. Daryl se acercó a él y Frankie pudo ver la expresión de horror en su cara cuando dijo: "Es uno de los chicos de Sal". Todo el camino de vuelta estuvo callado. Frankie rezaba por no haber matado a aquel hombre. No quería ni pensar lo que Sal les haría por mandar a uno de sus chicos al depósito. Salvatore Maccio era uno de los jefes mafiosos más importantes de Los Ángeles de los años cuarenta, los otros mafiosos decían a sus espaldas que no era más que otro "espagueti" con suerte, y ahora ellos le habían cabreado. Vinny no paraba de repetir: "Ese cabrón de Paul nos ha hecho firmar nuestra sentencia de muerte". Paul era avaricioso y aprovechó que Sal pasaba mucho tiempo fuera de la ciudad con un proyecto de unos casinos en mitad del desierto de Nevada para intentar ganar terreno y le daba igual a quien se llevaran por delante.

Fue a las 8 cuando Frankie comprendió que lo que no le dejaba dormir era la expresión del rostro de su hermano en aquel local, en ella había

desamparo, miedo mezclado con la sensación de haber sido traicionado. Sólo había visto antes esa expresión: el día que su madre les abandonó, pero esta vez además eran perseguidos por la policía y media comunidad mafiosa de Los Ángeles.

Frankie no se tumbó, cogió su revólver, todo el dinero que tenía y dijo a su hermano: "Tenemos que cuidar el uno del otro". Esta vez era él quien iba a cuidar de los dos, salieron de la vieja casa de su padre sin ni siquiera mirarla, se subieron al coche, fueron a por Vinny y condujo todo lo rápido que pudo para poder salir de aquella ciudad, cogerían la carretera 54 a cualquier parte donde empezar otra vez.